

También dijeron palabras muy sentidas el secretario del Ateneo señor García Martí, el maestro Bretón (por la Sociedad de Escritores y Artistas), y el alcalde de Madrid, Sr. Conde de Limpías.

Después de recorrida por éste la cortina que cubría la lápida, se firmó un pergamino iluminado, que quedará en el archivo del Ayuntamiento. Firmó el conde de Aybar, en representación del Rey, el alcalde de Madrid, la Academia de la Historia, representada por el conde de Cedillo y el Sr. Pérez de Guzmán, y las Academias de América representadas por D. Cesáreo Montes de Oca, Arzobispo de Cesarea del Ponto y Obispo titular de S. Luis de Potosí, de la de Méjico; don José de la Riva-Agüero, de la del Perú; D. Francisco V. Silva, de la Argentina, y don Juan Cebrián por la Sociedad Hispanista de los Estados Unidos.

*Discurso pronunciado por D. Adolfo Bonilla y San Martín al descubrirse la lápida conmemorativa que el Excmo. Ayuntamiento de Madrid hizo colocar en la Real Academia de la Historia, en honor de don Marcelino Menéndez y Pelayo.*

«EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES:

Representa para mí un singular honor, intervenir en esta solemnidad en nombre de la Real Academia de la Historia, de la de Ciencias Morales y Políticas, y de la Universidad Central (y especialmente de su Facultad de Filosofía y Letras), organismos a los cuales perteneció Menéndez y Pelayo y que en este momento, por mi humilde conducto, le dedican piadoso recuerdo.

Ha tenido el Ayuntamiento de Madrid una feliz idea, al disponer la colocación de esta lápida conmemorativa (cuyo texto redactó el inolvidable P. Fidel Fita). Aunque montañés, Menéndez y Pelayo vivió en Madrid la mayor parte de su preciosa vida, y, durante muchos años, fué su morada habitual la Real Academia de la Historia, en la que desempeñó las funciones de Bibliotecario y de Director. Tratándose de tan insigne varón, gloria de España entera, el Municipio madrileño no podía olvidar aquellas circunstancias, y ha procedido admirablemente, como cumple a su tradición castiza, al dedicar este homenaje al maestro insigne, para satisfacer el anhelo de los presentes y dar ejemplo perdurable a los venideros.

No cabe encerrar en pocas palabras lo que fué aquel grande hombre, ni yo sería capaz de expresarlo con la exactitud y la elocuencia que él merece. Indicaré, no obstante, las notas que, a mi entender, constituyen lo más característico de su labor.

Fué, en primer término, *maestro en la crítica*; uno de los más excelsos críticos del mundo. Y lo fué, no ciertamente al modo pequeño y transitorio de los que escudriñan los textos sólo para descubrir sus deficiencias y gozarse en su prolija enumeración, sino de una manera harto más honda y transcendental, porque pensaba que la única crítica provechosa para la cultura humana, consiste en adentrarse en la personalidad del escritor, para que, por decirlo así, sea este último quien nos descubra su propio *secreto*, mostrándose, no tal como *apareció* ante sus contemporáneos, sino *tal cual era*. Así pudo escribir aquellas admirables semblanzas del Cid, del Arcipreste de Hita, del Marqués de Santillana; de Pero López de Ayala y de Torres Naharro, y revelarnos con arte exquisito, en el tercer tomo de los *Orígenes de la Novela*, la psicología de los personajes celestinescos. Y así también llegó a decir que «el mejor estilo es el que menos lo parece.» De aquí el carácter *objetivo* de su Crítica, que nos hace olvidar con frecuencia la genialidad del censor persuadiéndonos, como por arte de encantamiento, de que los hechos o los escritores de quienes él trata, se ofrecen directamente ante nuestros ojos, sin la deformación que suele imponerles la intervención de un cerebro extraño que los expone o los presenta. Dijo Nietzsche, con su habitual agudeza «que la música de Beethoven, aparece a menudo como una *contemplación* profundamente excitada al escuchar un fragmento que se creía perdido desde largo tiempo.» Una *contemplación* semejante engendra, en cualquier lector desapasionado, el arte crítico de Menéndez y Pelayo. Por eso *parece* tan sencillo y fácil (siendo en el fondo, de una dificultad abrumadora), que el hipercrítico decadente halla vulgar, y el erudito de cal y canto cree poco científica, porque ninguno de los dos puede comprender un estado de conciencia que depende de la genial intuición de la Belleza, negada por completo a todo el que carece del platónico espíritu del Amor.

Fué, en segundo lugar, *un historiador excelso*, de la Filosofía (en la *Historia de los heterodoxos españoles*), de la Literatura (en la mayor parte de sus obras) y de las *ideas estéticas* de nuestro pueblo. Y lo fué realizando en gran parte aquel ideal que formuló en 1883, al ingresar en esta Real Academia, cuando proclamó su esperanza de que la crítica y la Filología, «no siempre se ha de ver encerrada en la caja de hierro de la ciencia pura, es decir, *en libros sin estilo y abrumados de*

*notas y testimonios*, sino que algún día romperá la áspera corteza, y entonces (digámoslo en palabras del gran Niebuhr) «será semejante a aquella ninfa de la leyenda eslava, aérea al principio e invisible, hija de la tierra luego, y cuya presencia se manifiesta sólo por una larga mirada de vida y de amor».

Fué, finalmente, y sobre todo, UN GRAN PATRIOTA, y puede afirmarse que su labor entera va encaminada al mejor conocimiento de la Patria española. Vino al mundo en una época en que la ignorancia y la misantropía trabajaban de consuno para inculcarnos el desprecio de nuestra representación histórica, y él, mejor que ningún otro, nos enseñó a amar nuestra tradición (al fin y a la postre, no se puede tener gran concepto de uno mismo, cuando se desdeña la Patria de la que se forma parte; no concibo que un pueblo se regenere, si no empieza por *creer* que ha sido grande en otros tiempos). *La Ciencia Española*, uno de sus primeros libros, es el programa, en gran parte sin desarrollar, de la labor futura.

Su nombre, en suma, además de la gloriosa representación personal que supone, es emblema de una escuela que podemos calificar de *humanista*, porque trae nuevamente a la vida el sentido esencialmente *humano* del Renacimiento, sin renegar de la herencia nacional (que aplaude y razona). Mientras España exista, Menéndez y Pelayo será el símbolo de lo que hay de admirable en esa tradición. Si alguna vez (lo que es absurdo pensar) España desapareciese como nación, bastaría la obra de Menéndez y Pelayo, leída y meditada en la soledad de la catástrofe, para provocar un resurgimiento, porque las palabras de aquel hombre, que tenía corazón de poeta y cerebro de pensador, levantarían los ánimos y despertarían las energías, como los versos de Tirteo en Grecia o las alocuciones de Fichte en Alemania.

Veneremos, pues, su memoria; conservemos cuidadosamente sus enseñanzas, aplaudamos la iniciativa del ilustre Ayuntamiento madrileño, que una vez más da pruebas, con este acto, de su acendrado amor a las glorias patrias.»

---